

VIERNES SANTO

Madrugada. Un frío vientecillo entumece el cuerpo y hace oscilar las leves llamitas de las velas. Resguardado en un portal, frente a la capilla, aguarda la salida del Nazareno. Un enorme gentío llena todas las calles que confluyen a la pequeña placita. De pronto, tras dar

las seis campanadas el viejo reloj municipal, que suenan nítidas en el silencio, se apagan las luces y aparece, en la oscuridad, la efigie triste, maltrecha y acongojada de Jesús. Hay como un estremecimiento colectivo. Después, un murmullo indefinible de la multitud aterida. Una voz ronca deja escapar el llanto, apenas contenido, de una saeta, que busca clavarse en quién sabe qué corazón...

Él contempla el paso de la procesión, que parece deslizarse sobre el río humano que se agolpa junto a ella. Pero el clímax emocional ha descendido y deja paso al espectáculo. Por el Oriente se perciben ya los primeros resplandores del alba. Ve como todos se alejan y termina por quedar solo, en la ya vacía plaza. No sabe por qué, pero siente como una angustia dentro de sí.

Mientras camina, por apartadas

callejas, le asaltan mil contradictorios pensamientos. ¿Cómo puede el hombre, ahora, exaltar a quien destruyó? ¿Cómo puede creer en un mensaje y no seguirlo? ¿Cómo puede hacer votos de fe que desmienten sus actos? ¿Es todo teatro, farsa, fingimiento? A él le parece evidente que esta increíble criatura humana es el más irracional de todos los seres. Destruye lo noble, lo bello, lo bueno, unas veces por egoísmos inconfesables, otras por envidias sin posibles disculpas; y luego, cuando el mal no tiene remedio, cuando los hechos son

irreversibles, clama por lo destruido, por el ideal que significaba... Y lejos de seguir la senda señalada, la enseñanza recibida, se queda simplemente con el recuerdo del suceso -lo pasajero- sin apoderarse de la idea que lo motivó y sin darle a ésta cálida y emocionada vida... Resbala por la superficie y se deja cegar por lo externo; también, rememorando la exterioridad, pretende acallar la conciencia y ahogar el desgarrado grito que pugna por brotar de lo más hondo del alma, cuando verdaderamente hay alma...

Miguel Molina Rabasco. (Del libro "Ensayos dramáticos y otros escritos")

PARA MEDITAR

Pascua es Cristo que renace en cada persona que busca la paz, la justicia y el amor.